

dían hacia las columnas de Hércules; los Tartesios; los Eidetes y los Misgetes. Los Mastienos tenían la ciudad de Mastia y además las de Sialis, Menóbora, Sixos y Molybdana. A los Tartesios pertenecían las ciudades de Elyburge e Ibyla. Como islas ibéricas menciona las de Cromyusa y la Melusa.

Según Herodoto de Heraclea, que vivía a últimos del

Polibio designa con el nombre de Iberia el litoral mediterráneo hasta las columnas de Hércules, y no señala con nombre especial la parte de Península bañada por el Océano hasta entonces desconocida y habitada por pueblos bárbaros. Con referencia a la España sojuzgada por los Cartagineses, hace distinción entre la Iberia propiamente dicha, extendida hacia el N. del Ebro hasta el Pirineo y por la costa hasta Sagunto; y la Celtiberia, en cuya región se hallan las fuentes del Betis y del Guadiana.

Hace mención de varios pueblos o tribus, sin adjudicarlos a ninguna región determinada, entre los cuales consigna a los Olcades con su capital Althea; Vacceos, entre cuyas ciudades menciona Elmántica y Arbucala; Carpesios o Carpetanos, Turdetanos, Túrdulos, Célticos, Konios, Terseítas, Mastianos, los habitantes de las montañas (que tal vez se refiera a los Oretanos), y a los Lusitanos.

El nombrado escritor llama la atención sobre la cultura de los Turdetanos, de la que participaron sus vecinos los Célticos; consigna la esplendidez con que vivían algunos jefes ibéricos, ponderando, además, las minas y las espadas celtibéricas, de mejores condiciones éstas que las de fabricación gala y romana.

Al geógrafo Estrabón, que escribió en el siglo I de nuestra era, debemos la más completa descripción de la Iberia, con cuyo nombre designa toda la Península, valiéndose al efecto de cuantos estudios y noticias pudo adquirir referentes a dicho territorio, en pleno dominio romano. Dice que los Ibéricos no poseían una lengua común y que, entre los diversos pueblos de la Península, los Turdetanos tenían memorias o anales escritos, cuya antigüedad se remontaba a seis mil años (52).

siglo VI, los iberos, que habitaban cerca de la costa, aunque constituían un solo pueblo, tomaban diversos nombres, hallándose hacia el ocaso los Kinetes; después de éstos, hacia el N., los Gletes, a los que seguían sucesivamente los Tartesios, los Elbisinios, los Calpianos y más allá el río Rhoyno.

Herodoto de Halicarnaso, casi contemporáneo de los escritores anteriormente nombrados, nos relaciona los viajes de los navegantes griegos a nuestras costas, diciendo que los Focenses fueron los que descubrieron el Adriático, el Tirreno, la Iberia y Tarteso, en cuya última región el rey Argantonio les invitó a establecerse en sus dominios, y no habiéndolo conseguido, les remuneró espléndidamente para que construyeran, alrededor de su ciudad, una fuerte muralla.

En la historia que dejó escrita refiere también dicho autor que, con ocasión de dirigirse a Egipto, una nave de Samos fué arrojada por el viento hasta más allá de las columnas de Hércules, llegando a la feliz Tarteso.

Las investigaciones geográficas de Herodoto parece que no se extendieron más allá de Tarteso y de la isla Eritea, que sitúa junto a Gadir (Gades), en el Océano, pasadas las columnas de Hércules.

Coloca a los Kinesios (51) en la parte más occidental, siendo vecinos de los Celtas. Tuvo noticias muy vagas de las islas Casitérides, de donde los fenicios sacaron ámbar y estaño.

Hasta el siglo II no aparecen nuevos escritores griegos, después de Hecateo, que hubiesen visitado nuestro país.



Mapa de la Península según Scymno de Chios (siglo II al I antes de J. C.)

Después de dar una idea general de la Península, va describiendo las diferentes naciones ibéricas, sobre cuyo carácter hace atinadas consideraciones, entresacando textos y citas de los escritores que le precedieron.

(52) Hacen notar algunos escritores que estos años no serían de 365 días, sino mucho más cortos que los del cómputo actual.

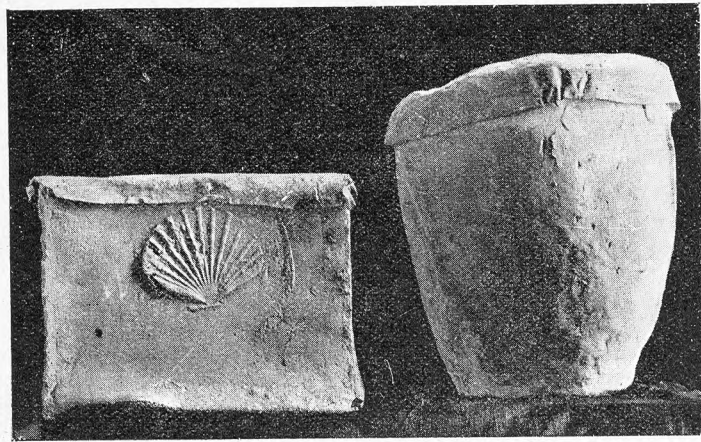
(51) Los Kinetes, de quienes hace mención Herodoto.



Mapa de la Península según Polibio de Megalópolis

Como esta relación se refiere a los tiempos de la dominación romana, dejamos para más adelante la relación de las agrupaciones que constituía la población indígena.

Como acabamos de ver, los más antiguos textos de que tenemos actualmente noticia designan a los Iberos



Arte autóctono o ibérico.—Urnas cinerarias de plomo (Ampurias)

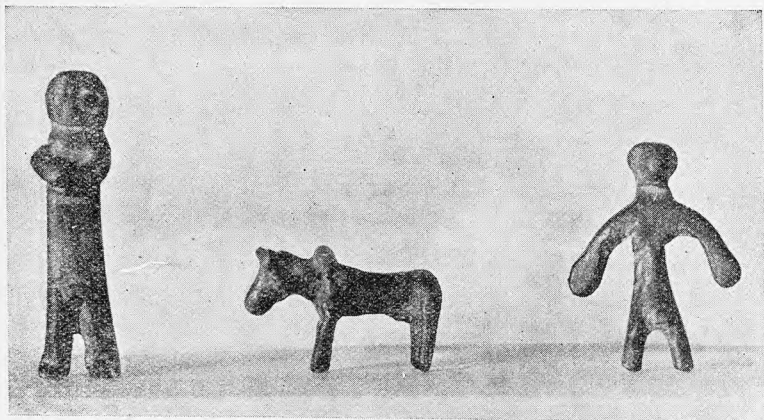
como primitivos habitantes del territorio peninsular, formando diversos pueblos que dieron nombre a las regiones que ocupaban.

¿Quiénes eran los Iberos y qué relación guardaban con



Vásos de fábrica indígena, encontrados en Ampurias

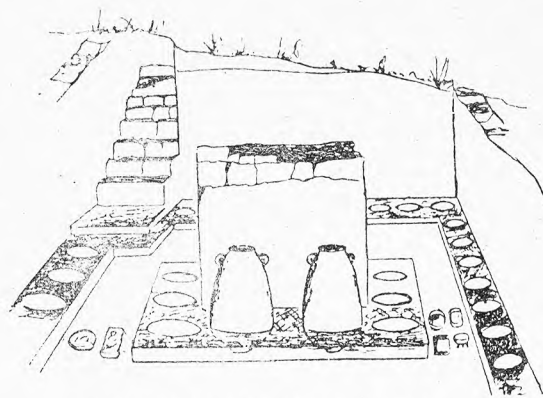
las razas prehistóricas anteriormente estudiadas? ¿Eran autóctonos o habían inmigrado de otros países? Mucho se ha discutido sobre este particular; pero la ciencia no ha podido, hasta el presente, desvanecer las dudas suscitadas



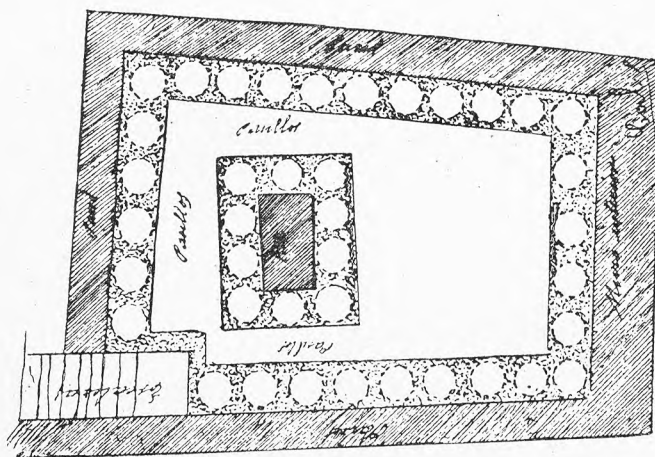
Esculturillas ibéricas encontradas en Segorbe

sobre el origen de este pueblo. Suponen algunos que procedían del Asia, guardando cierta afinidad con los antiguos habitantes de Asiria y Caldea; y, en dirección hacia Occidente, se encaminaron por el N. de África y penetraron en la Península por el Mediodía.

Creían otros que se extendían por el territorio de la actual Francia y España, N. de Italia e islas de Córcega y

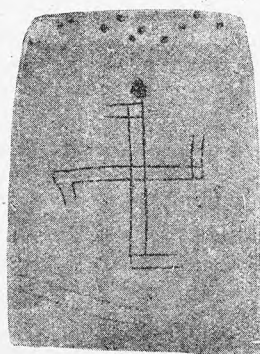


Subterráneo sepulcral ibérico en Calaceyte. Vista de conjunto con el ara y escalera de ingreso

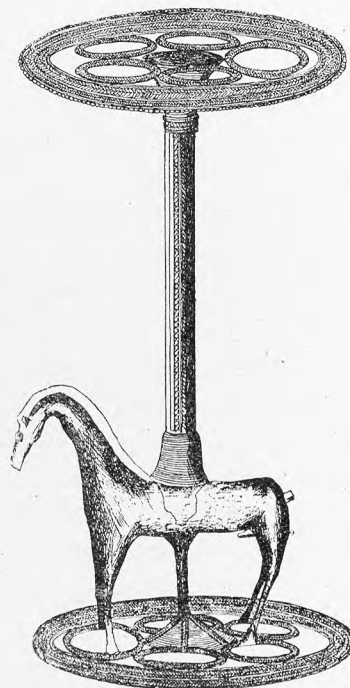


Subterráneo sepulcral ibérico en Calaceyte.—Cámara funeraria ibérica. (Dimensiones: longitud, 6'20 metros; ancho menor, 3'90, y ancho mayor, 4'85)

Sicilia, y que, hacia el siglo xv antes de J. C., habían constituido, con los habitantes del N. de África, una especie de imperio (ibero-líbico), que, en lucha por la preponderancia



Símbolos heliolátricos encontrados en los sepulcros de Cretas



Las supuestas ruedas solares y el caballo, encontradas en Calaceyte

en el Mediterráneo, fueron vencidos por los egipcios y fenicios, fraccionándose hacia los siglos xii o xi, en que quedaron dominando en el interior de la Península, mientras

que en las costas adquirirían cada día más preponderancia las colonizaciones fenicias.

No falta, por último, quien opina que no fué un pueblo inmigrado, sino autóctono, o sea nacido en el mismo suelo y por lo tanto descendiente de las razas que vivieron en las últimas edades prehistóricas.

Sea de ello lo que fuere, lo único que podemos afirmar es que los habitantes de la Península, en las primeras edades históricas, se hallaban relacionados con los pueblos asiáticos y africanos, en épocas lejanas, probablemente anteriores a las colonizaciones de que nos hablan los textos anteriormente referidos.

Los fenicios y griegos, con sus colonias mercantiles establecidas en nuestras costas meridionales y levantinas, ejercieron notable influencia en el primitivo arte ibérico y en las rudas costumbres de las tribus iberas más directamente relacionadas con aquéllas, mas no aportaron nuevos elementos en la constitución de la población peninsular, como sucedió con la invasión de los Celtas.

No puede fijamente determinarse cuándo penetraron los Celtas en la Península, o si este hecho tuvo lugar en épocas sucesivas, que algunos autores hacen remontar al final del siglo VI o principios del V antes de J. C.

El escritor griego Piteas, en el siglo V antes de nuestra Era, nos habla por primera vez

de aquel pueblo que ocupaba los territorios occidentales de la actual Francia, habiéndose extendido por el centro y Mediodía de Europa.

Al aparecer en nuestro país, después de la natural resistencia que encontrarían en muchas de las tribus ibéricas, según autorizadas opiniones, dominaron en las regiones del NO. de la Península; en el centro y costas del N. se confundieron con los iberos, prevaleciendo estos últimos, y se formó el pueblo que los antiguos escritores designaron con el nombre de celtíbero (53). Las vertientes del Pirineo hasta más allá del Ebro y las zonas litorales del E. y parte del S. continuaron bajo la exclusiva dependencia de los Iberos.

Las noticias que los antiguos escritores nos proporcionan referentes a los indígenas, se refieren a los tiempos posteriores a la invasión Celta, que forzosamente habían de influir poderosamente en la manera de ser del primitivo pueblo ibero, en su organización social y en sus costumbres.

Ni antes ni después de la indicada invasión constituían aquellos pueblos un estado peninsular con un poder único, sino que se dividían en tribus, pueblos o pequeñas nacionalidades independientes entre sí, formando una especie de *federaciones*, en las que entraban varias tribus.

La diversidad de naciones o pueblos y el aislamiento en que vivían unas respecto de otras, producía naturalmente una notable diferencia en su civilización, puesto que, al paso que en las regiones del E. y Mediodía recibieron desde muy antiguo, como hemos dicho anteriormente, la influencia de las colonias extranjeras establecidas en sus costas, esta influencia era nula o poco menos en las tribus del interior, que cambiaron paulatinamente con las sucesivas dominaciones cartaginesa y romana.

Hemos ya indicado que no es muy fácil distinguir los últimos vestigios que nos legó el postrer período prehistórico y los primeros recuerdos que hallamos de la primitiva civilización ibérica.

Los castros y recintos fortificados de la edad del hierro sirvieron también de defensa y habitación a los antiguos iberos y se prolongó su existencia hasta épocas muy adelantadas. Su arte bárbaro y tosco en un principio lo vemos

reflejado en las diferentes manifestaciones escultóricas que conservamos de aquella remota edad, como por ejemplo los monstruos informes que representan toros, jabalíes, osos, cerdos, etcétera, que tanto abundan en el centro de la Península, distinguiéndose entre ellos los tan conocidos *toros de Guisando*, los *cerdos de Avila*, etc., y sobre todo el famoso ídolo de Miqueldi (Miqueldico Idorua), encontrado cerca de Durango en la provincia de



Arte autóctono o ibérico.—Relieves encontrados en Tarragona

Vizcaya, el cual ostentaba una leyenda de difícil interpretación, hace tiempo desaparecida.

No se han puesto de acuerdo los eruditos respecto de la significación que pudieran tener aquellas extrañas representaciones, pues mientras unos las consideran como piedras terminales de las tribus limítrofes, otros les atribuyen carácter religioso; no faltando quien opina que no son más que una forma de *totemismo* o *zoolatría* semejante a las pinturas de las cavernas prehistóricas y que pudieran tener un significado parecido a las figuritas de barro de la estación del Algar (Almería) y a las cabezas de Toro de Costix (Mallorca).

Tan grosera ejecución, como en los restos escultóricos que acabamos de nombrar, puede apreciarse en las estatuas de guerreros que se han encontrado en Galicia y Portugal, considerándose obra de los indígenas, a pesar de las inscripciones latinas que algunas de ellas ostentan.

Dichas figuras, por lo general, aparecen cortadas por debajo de la rodilla y su indumentaria consiste en un largo sayo ceñido, que cubre su cuerpo hasta cerca de las rodillas; brazos y piernas desnudos, y, en las manos, un escudo redondo con una punta en el centro.

A tiempos más avanzados de la misma época quizás corresponde el bajo relieve representando el combate de un hombre con un toro, que fué hallado en Clunia a últimos del siglo XVIII.

De los descubrimientos efectuados en las regiones de

(53) Dudan algunos escritores si este nombre designa realmente un pueblo mixto de Celtas e Iberos.

Levante, se desprenden claramente las influencias orientales y helénicas en nuestro arte primitivo. Para convencerse de ello basta examinar los monstruos de cabeza humana y cuerpo animal, cuyo prototipo es la *Bicha de Balazote*, conservada en nuestro Museo Nacional, y los fragmentos de esfinges procedentes de Salobral (Albacete) y Agost (Alicante), que se guardan en el Museo del Louvre, pudiendo además citarse la esfinge de Bocairente en el Museo de Valencia.

El arte ibérico, mezcla de la concepción estética de los indígenas y de las nuevas formas aportadas por los pueblos orientales en las costas mediterráneas, llega a su apogeo hacia el siglo V, y produce obras de tanto relieve como las estatuas del célebre Cerro de los Santos (Albacete), tan discutidas como admiradas; y engendra el portentoso busto conocido por La Dama de Elche (54) (Alicante), que por sí solo basta para acreditar la ya famosa escuela ibérica, que tanto realce adquirió antes de la venida de los cartagineses y romanos, con cuyas dominaciones fué decayendo poco a poco hasta su definitiva desaparición.

Constituyen grupo aparte las monstruosas figuras femeninas aparecidas en diversos sitios; y sobre todo los pequeños ídolos y estatuillas, al parecer de sacerdotes, por tener las manos abiertas y en actitud suplicante.

Dichos idolillos ofrecen la particularidad de tener el cuerpo apenas modelado, pero con los órganos sexuales bien definidos, juntadas las piernas y pendientes los brazos.

Se encuentran asimismo muchas esculturas reproduciendo diferentes animales, cuya ejecución dista mucho de las toscas representaciones esculpidas en piedra de que hemos hablado anteriormente.

Entre aquéllas abunda el caballo y el jinete, que tanto se prodiga en las monedas indígenas, armado de lanza o espada, o bien ostentando la palma de la victoria. Algunos arqueólogos han pretendido ver, en esta representación, al dios de la guerra y de la caza; pero no falta quien crea que

(54) Hablando de este interesantísimo busto, adquirido por el Museo del Louvre, el eminente arqueólogo francés Pierre Paris se expresa en los siguientes términos: «La reina y la diosa, la bella, la grande, la majestuosa dama de Elche. En sus adornos magníficos vienen a reasumirse todas las riquezas, todas las elegancias del traje, del peinado y de las joyas; en su mirada enigmática, ideal y real, en sus ojos, sobre sus labios voluptuosos, sobre su frente pensativa y severa, se resumen todas las noblezas y todas las severidades, todas las promesas y todos los pudores, todo el encanto, todo el misterio de la mujer. Ella es oriental por el lujo de sus joyas y por un no sé qué que el escultor ha conservado al modelarla, de sus maestros anteriores; ella es griega; ella es ática por algo que hay en ella inexplicable y que la perfuma como a sus hermanas de la Acrópolis; ella es, sobre todo, española por la mitra que la recubre y las grandes redondelas que encuadran su cabeza y por su sorprendente y extraña belleza. Ella es más que española, es la España misma, es la Iberia que aparece de nuevo radiante de juventud, de su tumba veinte veces secular».

se trata del culto solar, por hallarse a veces dicha figura montada en un carro de cuatro ruedas, que parece aludir a aquella divinidad.

Muy confusas son las noticias que tenemos sobre las creencias religiosas de los aborígenes españoles. El ilustre poliglota don Marcelino Menéndez y Pelayo (55) expone metódicamente cuantos datos ha podido reunir sobre tan interesante materia, de cuyo trabajo extractamos las adjuntas notas.

Antiguas tradiciones, refiriéndose a la Turdetania, nos presentan los tres mitos: Gerion y su lucha con Hércules; Theron, rey de Cádiz, y Gárgoris y Abidís, civilizadores de la Bética, reconociéndose generalmente como una reminiscencia del culto solar respecto de la primera de dichas leyendas.

Los primeros escritores que se ocupan de la Iberia nos hablan de lugares o montes sagrados, entre los cuales descuella el Promontorio Sagrado (Cabo de San Vicente, en Portugal), que demuestran existir la creencia sobre el nocturno conciliábulo de los dioses, y ponen a la vez de manifiesto la práctica de ciertos ritos y ceremonias que

en dicho Promontorio Sagrado se celebraban.

Apoyándose algunos historiadores en el significado que parece tener la palabra Deva (divina, en lengua celta), que con tanta frecuencia se aplica para designar a las corrientes fluviales en el N. de España, en la Galia, Bretaña y Germania, han creído que los aborígenes de la Iberia tributaban también culto a los ríos.

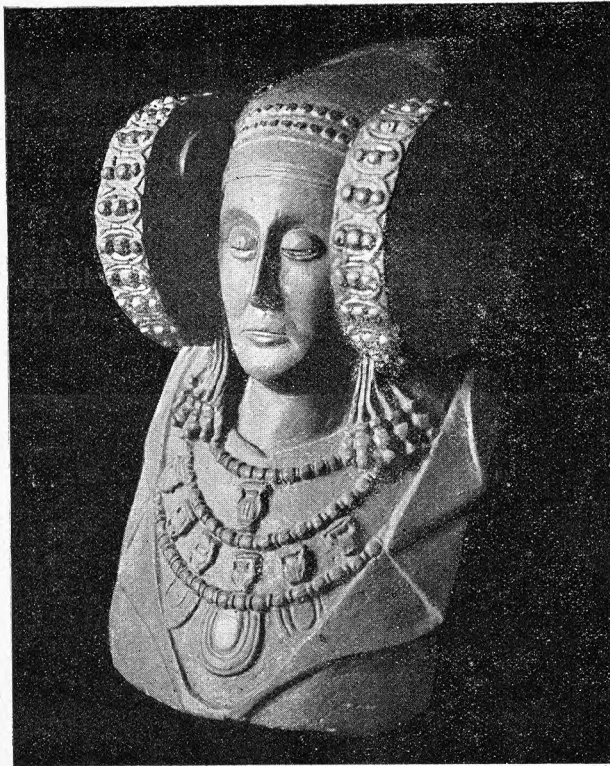
Como que el mito de Gerion, según opinión muy generalizada, no tiene origen ibérico, no podemos afirmar categóricamente que existiese el culto solar antes de los fenicios.

Muchas de las inscripciones ibéricas que ostentan objetos arqueológicos de aquella época no han podido hasta el presente ser interpretadas, ignorando, por lo tanto, si tendrían una representación religiosa.

Si queremos investigar el nombre de las divinidades ibéricas, hemos de recurrir a la epigrafía latina de tiempos ya muy adelantados, puesto que los cultos indígenas persistieron después de la conquista romana.

Entre los dioses de nombre conocido figura en primer término el célebre *Endovellico*, pero su culto tenía carácter local, pues todas las inscripciones que hacen referencia a la expresada deidad proceden del cerro de Alandroal (Alemtejo).

De la diosa Ataecina o Ategina, que viene a representar la Proserpina ibérica, nos dan noticia varias lápidas de



La Dama de Elche (Alicante)



Inscripciones celtibéricas de Illici (Elche)

(55) *Historia de los Heterodoxos españoles* (Madrid, 1911).

a Lusitania y de la Bética. Ares, era el nombre de otro dios, en honor del cual sacrificaban machos cabríos los lusitanos del Norte del Tajo. Neto o Neton, era el dios de la guerra.

En Galicia y en la Lusitania se veneraban varios dioses, cuyo nombre empezaba con la palabra *ban* o *bandu*, pudiendo citar, entre ellos, los siguientes: Banduetubrigus y Bandioeapolosegus, en la primera de dichas regiones; y Banderaeicus, Bandoga, Bandiarbariaicus y Bandioilenai-cus, en la segunda.

La diosa lusitana Trebaruna, se distinguía entre los númenes guerreros.

Se ha dicho que se veneraba el dios Jun, que venía a reemplazar a Júpiter, pero no consta en ninguna de las inscripciones examinadas; no obstante, se tributaba culto a Júpiter en Galicia, designándosele con varias denominaciones, a las que alguien atribuye carácter topográfico.



Monedas ibéricas atribuidas a Guissona (Lérida)

Fueron asimismo muy conocidas varias divinidades de nombre colectivo, como, por ejemplo, las diosas Madres o Matronas, númenes protectores de los campos y de carácter regional; los dioses titulares de gentilidad o clan; los de tribu; los Lares, con calificativos locales, en Galicia y Norte de Portugal; y los Lares protectores de los viajeros. También los tenían las agrupaciones u oficios, como los dioses Lugoves, en Osma; y, durante la dominación romana, encontramos a menudo el genio tutelar de los municipios, y exvotos dedicados a las Ninfas, especialmente en las localidades donde existen aguas salutíferas.

En Braganza se hace mención del dios Aerno; en Uclés, del dios Airon; y diversas lápidas, aparecidas en las ruinas de Cabeza de Griego, nos revelan otras divinidades indígenas de la Celtiberia; entre ellas, Maelmanio, Leiossa, Lumiis y Pindusa. En Celsa, que corresponde a la actual Velilla, en la ribera del Ebro, se consigna la diosa Obana.

Hay que notar que la mayor parte de estas divinidades las encontramos en el NO. y O. de la Península, donde hallamos los *harúspices* lusitanos, que hacían pronósticos, como resultado del examen de las entrañas de la víctima sacrificada; y en Galicia se fijaban en la dirección de las llamas y vuelo de las aves.

Existían, además, mujeres adivinatoras, pero no puede afirmarse que hubiese castas sacerdotales en la antigua Iberia.

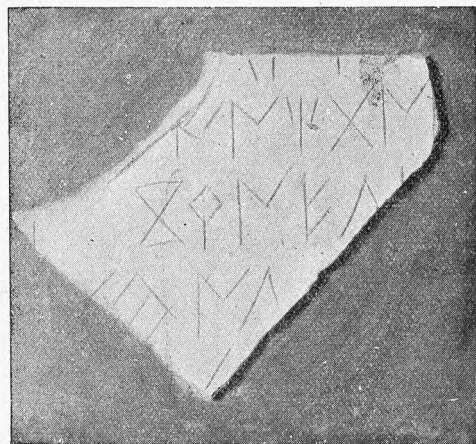
Poca cosa se sabe de la lengua ibérica, pues falta interpretar muchas de las leyendas que nos legó aquella civilización extinguida; los caracteres que usaron los indígenas en sus inscripciones, tienen cierta semejanza con el fenicio

y griego primitivo, aproximándose más al primero, del cual tal vez deriven, habiendo experimentado notables modificaciones.

Entre los monumentos de aquella época, figuran las murallas conocidas con el nombre de ciclópeas en Tarragona (56), en el castillo de Ibro (Jaén), etc.

Las monedas ibéricas corresponden ya a los últimos tiempos la mayor parte de ellas, recordando las acuñaciones griegas y romanas.

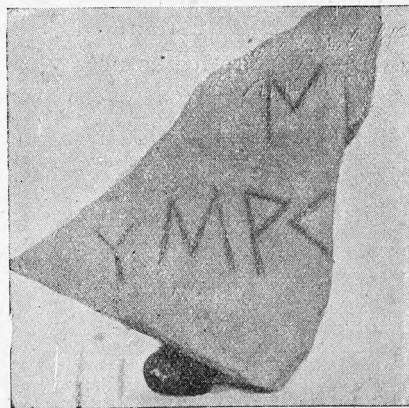
Para terminar todo lo referente a la Iberia y a los principales pueblos establecidos en la Península cuando vinieron los romanos, ponemos a continuación un extracto de lo que escribió Estrabón en el siglo I, para que sirva de complemento al resumen que precede.



Fragmento de lápida ibérica (Ampurias)

Más arriba del Ana (Guadiana) sitúa a los carpetanos, los oretanos y muchas ciudades de los vetones. La Bética (Andalucía) era conocida por Turdetania, y sus habitantes se llamaban turdetanos o túrdulos. En tiempo de Polibio, estos últimos se encontraban al N. de los primeros, pero en la fecha en que escribía Estrabón, no se distinguían estos dos pueblos. Esta región se extendía desde la orilla del Guadiana, hacia Oriente, hasta la Oretania, mientras que por Mediodía, la costa se prolongaba hasta el estrecho, donde empezaba la región de los bastitanos o bástulos.

Por la Turdetania discurre el caudaloso Betis (Guadalquivir) y sirven de límites a dicha región, por el O. y N., el mismo río Ana (Guadiana); por el E. algunas ciudades carpetanas y los oretanos, y, por el S., unos bastitanos que habitaban una estrecha faja de tierra entre Calpe y Cádiz. Siguiendo la costa hasta el Ana, se encontraban otros bastitanos, unidos al campo turdetano, y la Turdetania se extendía más allá del río Ana. Como principales ciudades, en dicha región, figuraban Córdoba, Cádiz, Hispal (Sevilla), entre otras. Pondera en gran manera el estado de cultura y civilización, riqueza agrícola y minera, y ciertas industrias, como la pesca y conservas, tejidos de lana, etc., haciendo resaltar el activo comercio que la región turdetana mantenía con Roma en tiempo de Estrabón.



Fragmento de lápida ibérica (Ampurias)

La civilización y costumbres de los celtas se asemeja a

(56) No falta quien cree que el interesante basamento de dichas murallas fué levantado en tiempo de los Scipiones y, por lo tanto, bajo el dominio romano.

la de los turdetanos, por la proximidad de ambos pueblos y por cierta cognación que habían contraído ya; por más que no se igualaban con ellos, viviendo en aldeas de poco vecindario, así como en la Turdetania se encontraban ciudades casi romanizadas.

Continúa describiendo la costa del Atlántico hacia la desembocadura del Tajo, haciendo hincapié en la opulencia de las ciudades sentadas en las orillas de este río, que tiene sus fuentes en los celtíberos y discurre por territorio de los vettones, de los carpetanos y de los lusitanos hasta su desembocadura.

De los pueblos que habitaban los montes, los más meridionales eran los oretanos, quienes se extendían hasta cerca del mar, desde las Columnas hacia adentro o sea al E. del Estrecho de Gibraltar.

Más hacia el N. de los oretanos, se encontraban los carpetanos y más allá los vettones (parte de los provincias de Ávila y Salamanca) y los vacceos, por cuya región corre el Durus (Duero).

Los galaicos, que eran los últimos por aquel lado, habitaban comunmente en lugares montañosos.

Desde el Tajo hacia el N. había la Lusitania (N. de Portugal); una de las grandes regiones de los iberos, que tantos años de guerra costó a los romanos; teniendo a su Oriente, los

carpetanos, los vettones, los vacceos y los calaicos, aparte de otras pequeñas regiones, que ya en tiempo de Estrabón se consideraba que formaban parte de la Lusitania.

Al Oriente de los calaicos se hallaban los astures y los iberos (57).

Además del Tajo y otros pequeños ríos, discurre por la Lusitania el Durus o Duero, que, procediendo de cerca de Numancia (provincia de Soria), pasa por varias ciudades de los celtíberos y de los vacceos.

Los últimos de aquella región eran los artabros, junto al Promontorio Nerio (Cabo de Finisterre).

Los pueblos que vivían junto al Duero en la Lusitania, eran muy aficionados a los sacrificios, y observaban las entrañas de las víctimas para conocer el porvenir. Adivinaban también, por la inspección de las entrañas de los prisioneros, formando el Arúspice el primer augurio, según el modo como caía el cadáver.

Los que habitaban en las montañas eran muy parcos en el comer, pues se alimentaban de bellotas, carne de cabrón y usaban manteca en vez de aceite.

Lusitanos y gallegos no conocían la moneda, haciendo sus transacciones mediante especies, y usaban también láminas de plata de cierto peso; sus costumbres eran rudas, como las de los demás pueblos que formaban el costado

boreal de la Iberia, o sea gallegos, astures, cántabros y vascones, extendiéndose hasta las gentes del Pirineo, que tenían un género de vida muy parecido.

Desde Calpe, que es el monte más próximo a las Columnas, hasta Carthago Nova (Cartagena), era habitado por los bastitanos o bástulos, y una parte por los oretanos.

Desde Cartagena hasta el Ebro había los edetanos (58) y después de dicho río se encontraban los laletanos y los indicetes.

El Ebro tiene su origen al Mediodía de la región de los cántabros. Pasado este río, se encuentra Tarragona, ciudad ilustre, nacida para ser el domicilio de los más ilustres emperadores, y era la metrópolis, no solamente de las ciudades que están del Ebro hacia adentro (España Citerior), sino de las que están del Ebro afuera (España Ulterior). Más hacia el Pirineo, en la misma costa, tiene su asiento la ciudad de Emporias (Ampurias).

Entre el Pirineo y la Indúbeda (cordillera Ibérica), discurre el Ebro, en cuya orilla se encuentra la ciudad de Cæsaraugusta (Zaragoza) y la Colonia Celsa (cerca de Velilla).

Esta región es habitada por muchas naciones, siendo la laccetania (de Jaca), la más considerable de todas, ya que, apoyándose en los Pirineos, se prolongaba hasta las inmediaciones

de Ilerda (Lérida). A la laccetania se hallaba unida, por el Norte, la región de los vascones, con la ciudad de Pompelon (Pamplona).

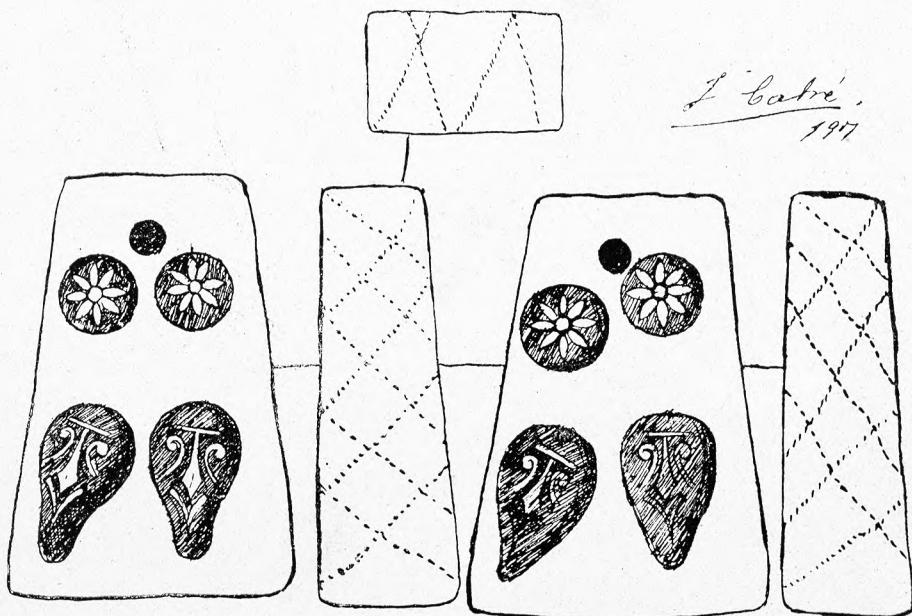
Las vertientes del Pirineo, hacia la Iberia, eran muy pobladas de árboles, formando distintos valles, en uno de los cuales habitaban los ceretanos (Cerdeña, en la alta cuenca del Segre).

Al doblar el monte Indúbeda se desarrollaba la grande y variada región de la Celtiberia, por la que, entre otros ríos, discurren el Ana, el Tajo y el Duero.

El Betis (Guadalquivir) que nace en el Orospeña, después de cruzar la Oretania, se introduce en la Bética.

Al N. de la Celtiberia habitaban los berones, limitando con los cántabros coniscos, a los que pertenecía la ciudad de Varia, situada cerca del Ebro; y con los bardietes o bárdulos. Al Occidente de los celtíberos había los vacceos, los vettones y los carpetanos, y, al Mediodía, los oretanos y algunos bastitanos sobre el Orospeña, y los ditanos (o sea de la región Ditania, que Plinio menciona, unida a la Bastitania).

La Celtiberia tenía el monte Indúbeda al Oriente, y los celtíberos se hallaban divididos en cuatro naciones. Los arévacos se extendían desde la Carpetania hasta



Pondus visto por sus cuatro caras, con representación de la estrella solar, encontrado en Calaceyte (Dimensiones naturales)

(57) Tal vez se refiera a los que vivían cerca de las fuentes del Ebro.

(58) Nada dice Estrabón de la región contestana e ilerjavona, que comprende en la Edetania.

los manantiales del Tajo, con la famosa ciudad de Numancia. También eran celtiberos orientales los lusones, que llegaban asimismo hasta las fuentes del Tajo.

Al Mediodía de los celtiberos se hallaban los habitantes del Orospeña; los sidetanos, en las orillas del Suero (Júcar) hasta Cartagena; los bastitanos y los oretanos.

Menor, formando una especie de confederación de varias ciudades, entre ellas Tiro y Sidón, las cuales, hacia el siglo xx antes de nuestra era, mantenían activas relaciones comerciales con las islas del mar Jónico y con Egipto.

Este pueblo, en su afán de extender su comercio por el Mediterráneo, llegó hasta los puntos más extremos de



Monedas ibéricas de Ampurias (Gerona)

Los celtiberos llevaban armas ligeras, como el dardo, la honda y la espada corta; y protegían su cuerpo mediante peltas o escudos.

La noche del plenilunio, era de jolgorio y regocijo para los celtiberos y los otros pueblos que habitaban al Norte de dicha región, bailando en la puerta de sus casas en honor de un dios innominado.

Al igual que otras gentes ibéricas, tenían por costumbre montar dos en un caballo, saltando uno de ellos en el momento de la pelea. Algunos tenían por costumbre inmortalizarse sobre el sepulcro de aquel a quien habían jurado lealtad, y, a veces, llevaban consigo un veneno que les causaba la muerte sin dolor; resolución que tomaban antes de sucumbir a la violencia de sus vencedores.

Hay quien divide la Celtiberia en cinco regiones, a saber: celtiberos propios, pelendones, arevacos, lebetanos y celtiberos orientales, al Oriente de los lebetanos, o sea los lusones.

Así como los antiguos dieron el nombre de Iberia a la tierra que se extiende en la parte ulterior del Ródano, en los tiempos de Estrabón se hallaba aquella limitada por los Pirineos, y era indistintamente conocido por Iberia o Hispania todo el territorio que se encuentra en la parte citerior del Ebro, habitado por los iletas o igletas, nombre que parece corresponder a los castilianos de Ptolomeo (Cataluña).

Los romanos, sin hacer distinción alguna, llamaron Iberia e Hispania a toda la nación, que dividieron en citerior o interior y ulterior o exterior.

Las islas adyacentes a la Iberia, eran dos Pitiusas, o sea Ebusus (Ibiza) y Ophiusa (Formentera); y otras dos Gymnesias o Baleares, que eran las de Mallorca y Menorca.

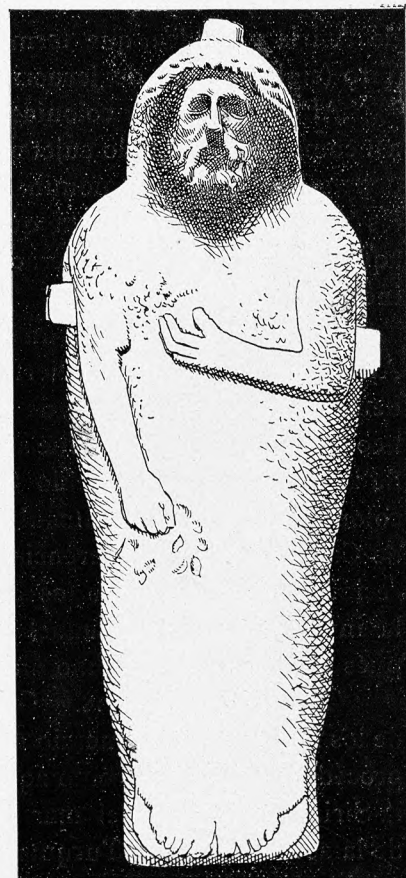
COLONIZACIÓN FENICIA.—Desde muy antiguo los fenicios se habían establecido en las costas occidentales del Asia

dicho mar, y, recorriendo el litoral de Tarteso, hacia el Atlántico, fundó varias colonias en el Mediodía de nuestra Península, siendo la de Cádiz (Agadir) la más importante de todas ellas.

Antiguas tradiciones hacen remontar este hecho hacia el siglo xi antes de Jesucristo, empezando desde aquel entonces las relaciones de los fenicios con los indígenas, mediante la explotación de los productos agrícolas y minerales, que tanto abundan en aquel país.

Como colonias o factorías de fundación fenicia en nuestra patria, además de la mencionada, nombranse las de Hispalis (Sevilla), Melkartea (Algeciras), Erythia (probablemente isla de Sancti Petri), Malaca (Málaga), Abdera (Adra), Sexi (Jate), Aibusus o Ebusus (Ibiza), etc.

Para su comercio, en un principio, los fenicios hacían sus transacciones con los indígenas, mediante especies, introduciendo más tarde la moneda, y aunque sus establecimientos se desarrollaron principalmente en



Cubierta del sepulcro antropoide (Cádiz)

el litoral, esto no quiere decir que no se internaran por las regiones de Andalucía y Murcia. Tanto desarrollo adquirieron dichas colonias, que alcanzaron cierta autonomía respecto de la metrópoli, constituyendo Cádiz un importante centro, como lo prueban las tradiciones y los textos de antiguos escritores y los descubrimientos arqueológicos verificados en el sitio conocido por *Punta de la Vaca*. No se ha podido señalar a punto fijo el lugar que ocupó el famoso templo dedicado a Baal-Melcart o Hércules de Tiro, pero consta que realmente existió.

Entre las antigüedades fenicias que poseemos, ocupa lugar preeminente el sarcófago antropoide encontrado en el lugar indicado, el cual guarda cierta similitud con el de Sayda, que contenía los restos mortales de Esmunazar, rey de Sidón.

El de Cádiz es de mármol blanco, formando dos piezas perfectamente ajustadas, o sea la tapa y la caja; cuyos contornos van siguiendo las ondulaciones del cuerpo humano. En la cubierta se halla representada, en relieve, la figura del difunto, envuelta en una especie de sudario, dejando al descubierto la cara con su barba rizada, los brazos y los extremos de los pies. Tiene el brazo derecho tendido, oprimiendo con la mano una corona de laurel, pintada, mientras que el brazo izquierdo aparece recogido sobre el lado derecho, figurando tener en la mano un objeto que afecta la forma de un corazón.

Diversos objetos se hallaron en otras sepulturas y en distintos puntos del litoral de la Bética, que deben considerarse como género de exportación de dicho pueblo, el cual puso en relación las civilizaciones orientales con los indígenas de la Península Ibérica en aquellas remotas edades.

La influencia de las colonias fenicias del Mediterráneo fué decreciendo después de las luchas entre los monarcas de Asiria y Caldea, que terminaron con la conquista de Tiro (siglo vi antes de Jesucristo).

Al principio, las colonias fenicias del Mediterráneo, así como habían estado sujetas a la metrópoli, continuaron dependiendo, aunque nominalmente, de los vencedores, y les pagaron tributo hasta que fué definitivamente rota aquella especie de confederación fenicia en el litoral del indicado mar.

Entre tanto, Cartago, una de las colonias del Norte de África, había adquirido cierta preponderancia sobre las demás colonias hermanas de aquella parte del Mediterráneo, preponderancia que fué acrecentándose desde la caída de la metrópoli y que debió forzosamente sentirse en las colonias de nuestra Península, hasta el punto de que, los de Cádiz, en ciertas diferencias habidas con los indígenas, recibieron el auxilio de los cartagineses, lo cual motivó la invasión armada de aquel pueblo, convirtiéndose después en dominación, como más adelante exponremos.

COLONIZACIÓN GRIEGA.—Otros pueblos, competidores de los fenicios en el comercio marítimo, fueron los griegos, procedentes del Asia como aquéllos. En el Asia Menor, en la Siria, en las islas del mar Egeo y tierras continentales de la actual Grecia y Turquía, se hallaban desde antiguo establecidas pequeñas agrupaciones o estados independientes entre sí; pero íntimamente unidos por las mismas religión, lengua y costumbres.

El decaimiento fenicio favoreció considerablemente al comercio de los griegos, que se extendió poco a poco por el Mediterráneo, en cuyo litoral hubo la importante colonia

de Masalia (Marsella), fundada por los focenses, desde la cual se corrieron por la costa oriental de la Iberia hacia el siglo vi antes de Jesucristo, haciendo, más adelante, algunas excursiones por el Mediodía y Occidente de la Península.

Como factorías o colonias griegas, se mencionan las de Rhodope (Rosas), que tal vez fué una factoría rodia;



Monedas de la colonia griega de Rhoda (Rosas, Gerona)

Emporiae (Ampurias), en la provincia de Gerona; Heme-roscopium; Artemision o Dianium (Denia); Alonai; Maenace, cerca del estrecho de Gibraltar, etc. Mantenían relaciones con la metrópoli, pero muchas veces eran independientes de ella; no obstante, en ciertas ocasiones y especialmente las colonias de Atenas, llegaron a tener carácter oficial.

En todas aquellas colonias se tributaba culto a la



Monedas griegas, imitaciones ibéricas (Ampurias, Gerona)

Artemis o Diana de Efeso, que los focenses introdujeron en los países donde su influencia fué más notoria.

Pocas noticias tenemos de la organización de dichas colonias y escasos son sus recuerdos, fuera de los que nos han proporcionado las excavaciones practicadas en Ampurias. Al establecerse los griegos en este lugar, dejaron un espacio libre que separaba su población de la indígena, hasta que, adelantando las construcciones, llegaron a for-



Fragmento de lápida griega

mar un solo núcleo, pero con la debida separación por una muralla intermedia, con las correspondientes puertas para comunicarse los habitantes de ambas ciudades, que finalmente acabaron por confundirse.

No son muchas las obras de arte griego que tenemos procedentes de nuestra Península, habiéndonos suministrado la mayor parte de ellas la importante colonia emporitana. Figurillas de bronce, piedras finas grabadas,